

Después de la construcción de la enorme tumba que contuvo la momia de Kheops y que costó tantos sufrimientos a los cautivos de las poblaciones vencidas, lo mismo que a la multitud lamentable de los desgraciados súbditos, se produjo la decadencia rápida para ese género de edificios.

Si las pirámides eran obra de origen extranjero, se comprende que la revolución arquitectónica se produjese entre los Faraones tebanos bajo la influencia de un sentimiento de hostilidad contra unas dinastías venidas de fuera; pero otras causas pueden explicar también el abandono de la arquitectura harto rudimentaria de las pirámides. Hacer algo más grande era prácticamente imposible, puesto que hubiera sido necesario dedicar a ello todos los recursos de la nación en detrimento de los cultivos y de las industrias: la nueva dinastía prefirió la adopción de otro estilo de monumentos funerarios, y el antiguo género de construcciones no tardó en convertirse en lo que es en la actualidad, un vulgar modelo de sepultura para vanidosos y afortunados.

Se ha expuesto también la idea de que el cambio de medio fué la razón que decidió a los soberanos a cambiar la forma de su tumba. En Menfis y en Tebas, la Naturaleza presenta aspectos diferentes. En lugar de un simple ribazo rocoso que limita el desierto al Oeste del valle del Nilo y presenta como una sucesión de cimientos de colosales construcciones, altos escarpes, surcados por torrenteras, se elevan sobre la estrecha linde de los campos. No había sitio para la erección de masas piramidales, cuyas aristas se perfilarían sin grandeza sobre el fondo gris de las rocas inmediatas. Esas mismas paredes, con sus pendientes irregulares, reemplazan los triángulos geométricos de las grandes tumbas del Norte. Haciendo depositar allí sus cuerpos, los Faraones de Tebas podían esperar ocultarlos más seguramente: ningún adorno señalaba su existencia, y las entradas se ocultaban prudentemente por montones de piedras semejan-do derrumbamientos.

Compréndense tales preocupaciones: el respeto a la muerte no eran tan poderoso en Egipto que pudiese impedir a los miserables y famélicos lanzar miradas de envidia hacia las tumbas de los reyes, donde sabían que existían grandes tesoros al lado de las



Cl. Bonfils.

TEMPLO DE DENDERAH

momias veneradas; conocían la existencia de esas «salas de oro», donde los sacerdotes y los cortesanos habían depositado todo lo que había pertenecido al rey durante su vida: armas, vestidos, muebles y alhajas, y no pocas veces los saqueadores penetraron en cuadrillas en esos ricos hipogeos. Antiguos papiros hablan de esos robos: en tiempo de Strabon fueron saqueados completamente cuarenta sepulcros de reyes; el público entraba libremente en las galerías y las paredes se cubrían de inscripciones griegas y latinas. Para evitar la profanación de las momias reales, no violadas aún, los sacerdotes inventaron el secreto hábilmente disimulado y descubierto al fin por los escudriñadores árabes en 1881, donde se han hallado los cuerpos admirablemente conservados en Ramsés II y de otros Faraones.

La arquitectura de los templos sufrió también grandes modificaciones durante las edades de ese antiguo Egipto, que se suponía inmóvil. Desde los primeros tiempos a que se remonta

el conocimiento del valle nilótico, se ve a los habitantes acomodarse a las condiciones de su medio. No se albergaban, como se creyó durante mucho tiempo, en las grutas de los montes ribereños del río¹; ¿para qué habrían de hacerlo, si les era más cómodo vivir sobre las calzadas construídas bajo la frondosidad de los árboles que habían plantado, al lado de los surcos cuidadosamente cultivados por ellos? Sabían edificar cabañas de madera ligera; el sicomoro y la palmera, árboles muy comunes en el valle, respondían bien a sus necesidades; no tomándose siquiera el trabajo de labrar los troncos derribados ni de enderezar las ramas, les bastaba superponerles y entremezclarles, rellenando los intersticios y cubriendo el todo con barro endurecido. Estas humildes construcciones de madera y barro, tipos todavía imitados para las viviendas en que se cobijan los *fellâhin* de nuestros días, se notaban apenas al pie de las enormes tumbas faraónicas; y, sin embargo, las menos miserables de esas chozas sirvieron de modelo a los primeros edificios,—como las puertas de hipogeo,—que atestiguan cierto cuidado de la arquitectura. La ornamentación exterior de esos pequeños monumentos de piedra consiste en bandas alternativamente horizontales y verticales, semejando troncos de palmeras entrecruzando sus extremidades en el ángulo de una cabaña: la habitación de los muertos había sido hecha según el mismo tipo que la de los vivos.

Los recuerdos de la arquitectura primitiva de los labradores se encuentran también en las columnas de los templos. Según las regiones, esos pilares de sostenimiento sobre los cuales se volvieron a plantar las bóvedas, fueron necesariamente, o fragmentos verticales desprendidos de la roca, o fuertes troncos de árboles, mucho menos pesados que la piedra y no obstante menos frágiles y más persistentes; pero no se estaría en lo cierto si se imaginara que los capiteles en forma de loto hayan sido desde el origen una imitación. No es admisible que los arquitectos egipcios tuvieran desde un principio la idea absurda de figurar una flor para soportar el enorme peso del arquitrabe y de toda la parte superior de los edificios. Los cambios graduales reali-

¹ Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*.



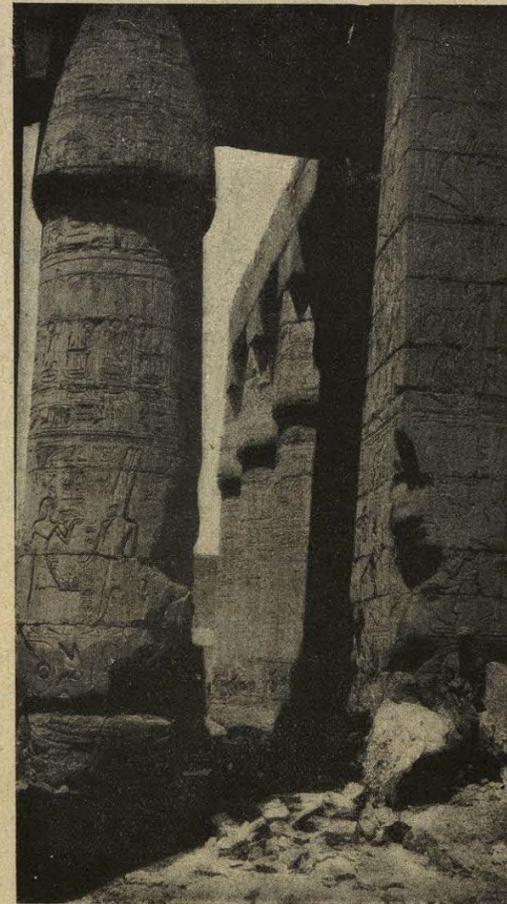
Cl. David Gardiner.

TEMPLO DE PHILÆ, VISTO DESDE LA ISLA DE BIGEH

zados durante un número ilimitado de siglos han debido habituarse poco a poco a los constructores a la extraña e ilógica idea de asimilar unas columnas, tan pesadamente cargadas, a plantas alegremente desarrolladas en el aire.

Un elemento de la transición natural que se realizó en el estilo de las columnas y en el hábito de la mirada a su forma final, se debe a que los Egipcios adornaban con guirnaldas de flores en los días festivos las columnas de sus templos¹: dada esta costumbre, una de las flores más estimadas era la del loto, símbolo del sol, porque se repetía constantemente que el astro y su imagen floral desaparecían igualmente cada noche para renacer por la mañana.

A las guirnaldas naturales sucedieron pinturas de flores hechas sobre tableros que formaban una especie de capitel. Después, obligando a los arquitectos la necesidad estética a unir el cuerpo de la columna al entablamento por líneas agradables a la vista, se aprendió a labrar la masa cilíndrica en forma de



COLUMNA DEL TEMPLO DE KARNAK

¹ G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. I, p. 58.